LA AURORA

Año 70 de publicación | Nº 33 | Setiembre 4 de 1960

"A MI DIOS SALMEARE MIENTRAS VIVIERE" (Salmo 104:33)

UN AMIGO DE JESUS

le da las gracias

Cerca de una villa, hace muchísimos años, vivían diez hombres muy infelices. Tenían una enfermedad terrible llamada lepra. Nadie se acercaba a ellos. Cuando veían que alguien venía hacia ellos, tenían que gritar:

—¡Inmundo! ¡Inmundo!

Con eso, advertían a los otros que no podían llegar hasta su proximidad, porque se exponían al contagio. Era como si dijeran:

—¡No te acerques, que se te puede pegar esta enfermedad!

No podían trabajar; nadie les daba trabajo.

No podían ir hasta la población a comprar alimentos, porque no los dejaban entrar. Sólo les era permitido comer lo que las gentes compasivas les dejaban a un lado del camino. Muchas veces sentían hambre, y también frío. Pero lo que más los hacía sufrir era el desprecio de las gentes.

Un día, oyeron que Jesús iba a pasar por el camino cercano del lugar donde ellos habitaban. Habían oído hablar mucho de Jesús, de su bondad, de sus curaciones. Sabían que otros se habían sanado con sólo que El los tocara, o les hablara. Si El había sanado a otros, ¿no podría sonarlos a ellos?

Desde entonces lo esperaron con ansia. Al fin, cuando supieron que estaba cerca, se pusieron junto al camino. Desde la población, un grupo de hombres venía caminando. Entre ellos, alguien parecía ser el centro de todos, dirigía la conversación, y los otros le hacían preguntas. Lo llamaban Maestro. ¿Sería Jesús?

Los diez hombres se pararon a la distancia que se les había ordenado, pero clamaron muy fuerte:

—¡Oh, Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!

Jesús los oyó. Y no sólo los oyó, sino que sintió compasión. Y les dijo:

—Yo os ayudaré. Id, mostraos a los sacerdotes. Ellos verán que estáis sanos otra ves.

Que era como decirles: "Ya os habéis sanado". Porque nadie de ellos podía presentarse a los sacerdotes si no se había curado la lepra.

Los diez hombres corrieron a hacer como les había mandado Jesús. Mientras andaban (¡qué estraña maravilla!) se dieron cuenta que en verdad estaban ya sanos. Tenían la piel rosada y suave como la habían tenido hacía años, en su infancia. ¡Qué alegría, qué gozo! Nueve de ellos corrieron a avisarles a sus familiares y amigos lo que les había acontecido. Pero uno no lo hizo. No podía hacerlo aún, porque sentía la necesidad de volver a Jesús. Tan agradecido estaba su corazón, que regresó hasta donde estaba el que llamaban Maestro, y se arrodilló delante de El radiante de felicidad y gratitud, diciendo repetidamente:

—¡Gracias, gracias, Maestro!

A Jesús le agradó que el hombre se acordara y volviera a darle las gracias y contestóle:

—Levántate. Me alegro que estés bueno y sano otra vez.

Luego, recordando a los demás, le preguntó:

—¿Dónde están los otros nueve? ¿No los sané también a ellos? ¿Eres tú el único que da gracias? ¡Qué bueno hubiera sido que los demás también lo hicieran!

Entonces Jesús siguió su camino. La Biblia no nos habla más del hombre que dió gracias. Pero podemos creer que su vida habrá sido muy hermosa después del contacto con Jesús, y por el amor que Jesús le demostró.

LAS ALAS DEL ALBA

"Si tomare las alas del alba, y habitare en el extremo de la mar, aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra" (Salmo 139:9,10).

El salmista dió expresión a su fe, en esta forma poética. Era una gran fe, desconocida para la mayoría de las personas de su época. Se creía entonces que cada país tenía su propio dios. Los mismo israelitas pensaban que Jehová era un Dios exclusivamente suyo. Cuando Naamán fue sanado de la lepra, le pidió a Eliseo "una carga de un par de acémilas de aquesta tierra", con el fin de adorar a Jehová sobre tierra de Israel. Cuando Jonás desobedeció a Dios, creyó que huyendo a Tarsis, país impío, ya Dios no le encontraría y así escaparía al castigo divino.

¿Nos sonreímos? Sin embargo, ¿qué diferencia hay entre estas actitudes y las de aquéllos que solamente adoran en determinado día de la semana?

Para el salmista, Dios estaba en todo lugar y jamás le dejaría solo. Eso nos dice Jesús cuando nos recuerda que el pajarillo no cae en tierra sin la voluntad de Dios. Nada puede apartarnos de Su presencia. En todo momento estamos delante de él.

Cameron T. Mac Rae.

UNA LARGA VISITA

En el año 1674, en Southampton (Inglaterra), los muros de la cárcel escondían un joven prisionero. Su único delito era ser disidente, confesar su fe en Cristo. La joven esposa, triste y afligida, solía sentarse en los umbrales de piedra esperando ser admitida para entrar a verle. Y en sus brazos llevaba a su primer hijito.

Era éste nada menos que Isaac Watts, cuyo nombre encontramos al pie de muchos himnos en nuestros himnarios. Crióse débil y enfermizo, pero con gran fortaleza de espíritu. A los veintiocho años fue pastor en una gran iglesia, pero no pudo continuar en el ministerio por causa de su salud.

Cierto día, fue invitado a pasar una semana a la casa de Sir Thomas Abney. La estada fue tan agradable, que se le rogó prolongara su estadía, de tal manera que llegó a resultar una visita de treinta años.

Tanto los dueños de casa como el mismo Watts, gozaron de su mutua compañía, y él pudo escribir esos hermosos himnos que hoy cantamos. Estaban unidos no sólo por la amistad, sino por el vínculo de Cristo. El escribió:

Dios, nuestro apoyo en los
pasados siglos,
nuestra esperanza en años
venideros,
nuestro refugio en hórrida
tormenta,
y nuestro eterno hogar...

Dirige: Odila G. de Jacob.
Belgrano 205,
Bahía Blanca. Argentina.

Representante en Uruguay:
Walter Vecino,
Constituyente 1460,
Montevideo.

Administración: Imprenta Metodista.
Doblas 1753, Buenos Aires.

Argentino Suc. 24 Correo
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4.708
FRANQUEO PAGADO

Reg. Nac. de la Propiedad Intelectual Nº 638.818

Publicación del Consejo Unido de Educación Cristiana

Imprenta Metodista, Doblas 1753, Buenos Aires